



**Marifé Santiago Bolaños**  
*Miguel Hernández.  
 Concierto para tres  
 (en el 80 aniversario de su  
 fallecimiento)*  
 Madrid, Huso, 2022

Se podría presentar el núcleo de la filosofía política de Hegel por medio de una metáfora: el ciudadano cuenta con dignidad e identidad en cuanto nota que encaja a la perfección en la melodía del estado nacional. Claro está, para ese pensador, el estado es un director de orquesta absoluto porque representa al *Geist* soberano de la historia humana. Al ciudadano no le queda más remedio que ajustarse a esa melodía donde la persona está condenada a desaparecer, absorbida por la dialéctica del universal que es superior al particular. Cuando los soldados de las SS marchaban compactos en defensa del *Reich* hitleriano, interpretaban a su manera la melodía monódica del estado absolutista tecnócrata hegeliano. En *Notas de un método* (1989), María Zambrano piensa en esa concepción del «concierto» nacional con actitud crítica. Para ella, la persona funda el estado sola y exclusivamente en el pleno ejercicio de su dignidad individual, alimentando una sinfonía polifónica en la que cada ciudadano canta sus múltiples derechos políticos en régimen de convivencia pacífica y respeto mutuo. Es la sinfonía del estado democrático.

Con toda probabilidad, Marifé Santiago Bolaños piensa en un «concierto para tres» entre Miguel Hernández, la propia María Zambrano y Juan de la Cruz teniendo este marco teórico de fondo. Asimismo, deja

espacio en su concierto para Josefina Manresa, una cuarta artista invitada por ser esposa del poeta alicantino. La voz de esta mujer –presente en el libro como una nota refinada de acompañamiento intermitente– nos habla de un alma sensible hacia un esposo que encarna la belleza de la vida, de la libertad y de la poesía.

Marifé plantea su concierto a partir de dos conferencias impartidas en ocasión del ochenta aniversario de la muerte de Miguel Hernández. La primera, dada en Linares, remonta al mes de junio de 2021. La segunda remonta al mes de mayo de 2022, impartida en Jaén. Respectivamente, a cada una de las dos conferencias corresponde el primero y el segundo capítulo o «jornada» del preciado volumen, cerrado con broche de oro por unas consideraciones de la autora que suenan a llamado de amor fraterno y dignificador de la humanidad de todos los tiempos.

Entre lo más destacable, cabe mencionar lo siguiente. En la primera jornada, Marifé quiere proponer al oído que le presta atención algo más que una charla meramente académica: «Querría yo que así fuera mi intervención. Que al acabar hubiera un nuevo ovillo, de lino, para cada cual el suyo, que nos permitiera adentrarnos sin miedo en los laberintos de la historia, en sus rincones ocultos y tocar, sin miedo también porque estamos juntos, esas palabras que se perdieron en sus caminos y que, quizás, contenían, contienen la que nos falta tantas veces a nosotras para seguir» (p. 18). Un objetivo sobrecogedor, sin embargo, alcanzable de la mano de Miguel y María.

La búsqueda se elabora a partir de un fragmento desaparecido. Después de la primera publicación del artículo que la filósofa veleña dedica al cuadro de *Santa Bárbara* del Maestro de Flémelle (*El País*, 20 de julio de 1987), efectivamente no volvieron a aparecer unos renglones bien interesantes en las ediciones posteriores de ese mismo texto. En el medio de esas palabras omitidas, María había tomado prestado *el rayo que no cesa* hernandiano para describir una propiedad de

la representación de la santa: el desvelamiento del instante eterno. A través de los símbolos místicos del fuego y del agua, Santa Bárbara concede al espectador una catarsis que permite a la conciencia descansar en el acto del puro ser y estar. De esta forma, se convierte la tormenta de la historia humana –exiliada de la eternidad para navegar en el espacio y en el tiempo –en la calma del *sueño creador* o sea del «milagro del nacer inapresable de una posibilidad» (p. 38). Al igual que un *viento de pueblo*, la posibilidad pulsante de la vida invita a la hermandad y a la positividad de la creación. Eso lo entendieron las mujeres que en España respiraban el perfume de los derechos políticos adquiridos en 1931. Así como la propia María y su hermana Araceli que, en su hogar madrileño, fomentaban la esperanza de vida y de libertad al lado de unos discípulos de Juan de la Cruz contemporáneos. En términos zambranianos, eran «seres polvorrientos» hechos «de polvo de la tierra y de polvo estelar que ellos no quieren quitarse de encima», capaces de recibir y ofrecer palabras que eran «verdades encarnadas» (p. 38). Entre esos seres, emergía el «pastor-poeta» alicantino. Con él, María desliza la «palabra amiga», compartida a veces en silencio como si fuera «un rezo que de tan íntimo se hace universal» (p. 42); otras veces, cantando coplas populares, bajo el puente de Segovia en Madrid. Miguel y ella cantaban ensuñados de libertad para contrarrestar los bombardeos de una guerra presagio de laceraciones fraternas, destrucción y torturas dictatoriales.

En la segunda «jornada», Marifé se enfoca en ese «poema abismático» (p. 58) que Miguel Hernández le dedica a su amiga pensadora: «La morada amarilla». La música de esta composición se hace eco de unos símbolos tajantemente cristianos, carmelitanos, teresianos y sanjuanistas: véase también racimo, cáliz, espiga. En general, son símbolos de esperanza hacia un porvenir que se añora próspero y luminoso. Juan de la Cruz, tan amado por María y Miguel, se asoma pues entre los mayores representantes de una «poética del sur»

que Bolaños quiere recuperar en la senda de Francisco Giner de los Ríos. Se hace referencia a la poética en sentido etimológico, porque *poesis* significa producción y, por tanto, acción desarrollada en el tiempo o estilo de vida.

El estilo de vida del sur se debería contraponer al del norte del mundo, a su racionalidad engendradora de diferencias en términos de superioridad y rentabilidad. «Porque el sur no es solo un lugar situado a partir de un parámetro que distribuye coordenadas, sino la actitud que deja en manos de una brújula simbólica el camino de la vida en el que se mira al norte-guía-referencia hasta confundirlo con el único horizonte. Las estrellas, entonces, dejan de ser señales para no perdernos, [...]» (p. 60). La cultura o tradición del sur es auroral, acostumbrada a avanzar en la «penumbra» (p. 61) de la tradición dominante. La cultura del sur es la de la justicia que acoge la heterogeneidad, de los silencios que empujan a la escucha, de la hospitalidad que se enraíza en la dulzura y, en resumidas cuentas, del amor. Es la cultura de María, Miguel y Juan. Es la tradición de los exiliados por las dictaduras políticas e ideológicas, por el progreso instrumental, por la ceguera de la lógica matemática, por las categorías aristotélicas. Es la tradición de los amantes de la poesía que procuran desvelar el «universal en lo palpable» (p. 68). La cultura de los que juntos, hermanados por el magisterio de la platónica Diotima de Mantinea, saben que el amor es la vía maestra para llegar a la verdad. Aun así, aceptan con piedad, caridad, perdón y paz que el amor es un motor en constante marcha contracorriente por insistir en perpetuar la locura máxima: la unión entre el «corazón del absoluto» y «el uno a uno de la individualidad humana» (p. 88). De allí mana «la belleza que pide ser compartida» (p. 91) de la democracia, cuna de la inestimable dignidad humana de germen divino.

VERÓNICA TARTABINI